

—«¿A dónde vais, jóvenes; a dónde vais, estudiantes, que recorréis las calles; a dónde vais, manifestantes, que, por encima de vuestras discordias, exaltáis la bravura y la esperanza de vuestros veinte años?»

—¡Vamos a la Humanidad, a la Virtud, a la Justicia!»

Estas palabras aparecerán grabadas en el pedestal del monumento a Emilio Zola, que ha de inaugurarse próximamente en París. Están tomadas del Mensaje a la Juventud, escrito por el vigoroso novelista hacia el final del siglo XIX.

«¿A dónde vais, jóvenes?...» Los jóvenes van resueltamente a ocupar un lugar de acción en la sociedad contemporánea. Todos los partidos políticos o sociales organizan hoy sus «Juventudes». Las Asociaciones de estudiantes ejercen un creciente influjo en casi todas las naciones. Hasta los ensayos pedagógicos de las escuelas-ciudades y de las repúblicas infantiles son una nueva prueba de esta tendencia a favorecer—y a educar—en la edad moza la iniciativa y la responsabilidad. También los jóvenes tienen su palabra que decir, su estrofa que cantar, como en los coros antiguos, en el gran concierto social, y no puede ser fielmente traducida e interpretada por labios escépticos, en los que ya puso su pliegue el desengaño.

«¿A dónde vais, jóvenes?...» Esta interrogante, esculpida en la piedra del monumento recién erigido en el corazón de París, la ciudad de la luz, ¿cómo será contestada ahora? Casi treinta años han pasado desde que

Zola formulara esa pregunta. Los muchachos que se apasionaron con el caso Dreyfus son ya hombres de mente práctica y de cabellos grises. Una generación nueva ha ocupado su puesto. «¿A dónde vais?...» Cuando los franceses de veinte años se detengan ahora ante esa interrogación al pie de la estatua del maestro del naturalismo, del gran polemista del *Paccuse*... responderán, como antaño, altivamente: «¡Vamos a la Humanidad, a la Virtud, a la Justicia!...»?

No ya en Francia, en todo el mundo sería interesante, interesantísimo, abrir una encuesta entre personas de veinte años, representativas de diversos ambientes y clases de la sociedad, para saber cuáles son los ideales de la juventud presente. Claro está que lo más importante no sería establecer aquellos ideales genéricos en que los mozos de hoy coinciden con sus mayores, sino los ideales específicos de esta nueva generación, aquellos anhelos y atisbos, siquiera confusos y todavía inconcretos, en los que ella difiere y se separa de la generación adulta, actualmente en la cumbre de la vida social. «¿A dónde vais, jóvenes?...» Sea a donde sea, lo único que interesa es que, en efecto, vayáis; que vayáis, que caminéis, que avancéis, más allá siempre, con el ímpetu sano de los corazones que empiezan a latir, de las fuerzas que empiezan a desenvolverse, de las almas que empiezan a crear...

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

## La música de las esferas

*Los astros narran  
la gloria del Señor.*

1

ANUNCIA el cable que, merced al ingenio de algunos sabios franceses, ha sido posible oír la luz de una estrella. Después de miles de años realizase el pensamiento genial de Pitágoras. Los sabios anteriores a Sócrates crearon todas las ideas cosmológicas que después ha venido discutiendo y aquilatando la humanidad. Ayer apenas, el pensamiento de Heráclito se confirmó en las especulaciones científicas de Lamarck y Darwin. Anaxágoras parece haber vislumbrado el mundo de los infinitamente pequeños, que Pasteur manifestó a la cultura contemporánea en sus memorables experimentos. Demócrito de Abdera es el precursor helénico de la química moderna; su atomismo se convirtió en ley científica, merced a

la balanza de Lavoisier. Hoy, ciertas placas foto-eléctricas de selenio han permitido oír los destellos luminosos de una estrella. ¡Todas las intuiciones poderosas de aquellos super-hombres se metamorfosean en principios científicos experimentales! La verdad es una, a través de los siglos, la conjetura plausible que brotó de la mente de un griego, cuatro o cinco siglos antes de Jesucristo, florece en nuestros días como si fuera un círculo magnético en el que se enlazan las ideas y se acumulan los esfuerzos. Con razón decía Pascal que la humanidad entera es como un solo hombre que aprende constantemente y constantemente se mejora. El progreso moral o artístico puede ser discutible; el progreso científico es evidente.

2

Pitágoras, en sus meditaciones soli-

tarias, concebía el Universo como un todo armonioso. Del propio modo que se comprueba la ley acústica, en virtud de la cual los sonidos de las cuerdas vibrantes se hallan en estrecha relación con la longitud de las mismas, así la proporción de los radios de las órbitas celestes, engendra la armonía del Universo. El griego llamó al mundo COSMOS, esto es, mundo ordenado y coherente, no simple conjunto, sino sistema eurítmico. La armonía es el canon de la existencia, aun en las cuerdas de la lira o los sonidos de la flauta, como en la rotación de los astros. Fray Luis de León lo ha dicho, también, en las incomparables estrofas de su oda a la Música, cuando describe al alma, sumida en el olvido, que

Traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera,  
y oye allí otro modo  
de no perecedera  
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro  
a aquesta inmensa cítara aplicado,  
con movimiento diestro  
produce el son sagrado,  
con que este eterno templo es sustentado.

3

Pero hay más aún, como enseña Aristóteles en su Tratado del Cielo: «Existen filósofos que sostienen—los pitagóricos— que necesariamente el movimiento de cuerpos tan grandes, como los astros, debe engendrar un rumor, puesto que los cuerpos que se mueven sobre la tierra, y que se hallan muy lejos de poseer las enormes masas y velocidades de los astros, producen un sonido. Es imposible, pues, que las estrellas, cuyo número es prodigioso, como su masa y su velocidad, no produzcan, también ellas, un ruido prodigioso. Suponiendo probado este primer punto, imaginan, además, los pitagóricos, que las velocidades componen, con las distancias, relaciones sinfónicas; y añaden que el movimiento circular de los astros, produce una voz, un canto armonioso. «La astronomía es una música celeste...»

4

La magnífica proeza moderna ha hecho oír, merced al milagro del radio, las variaciones luminosas de la estrella Capella, amplificándolas de diez a 15 veces, «hasta que las oscilaciones se convirtieron en sonidos». De esta suerte, el astro, distante y solitario, ha venido a impresionar, no sólo la mirada, sí que también el oído de los hombres, perdidos en un rincón del infinito, a millones de millones de kilómetros. Acaso en su morada luminosa, que muy bien podría ser la bondadosa estrella, nuestra primera her-